



L levábamos luto por nuestra madre, que había muerto en otoño, y Katia, Sonia y yo pasamos todo el invierno solas en la aldea.

Katia era una vieja amiga de la casa, la institutriz que nos había educado a todos, y yo la recordaba y la quería desde que me alcanza la memoria. Sonia era mi hermana menor. Pasábamos el invierno, lóbrego y triste, en nuestra vieja casa de Pokróvskoie. El tiempo era tan frío y ventoso que la nieve formaba montones más altos que las ventanas, casi siempre cubiertas de hielo y empañadas, y en casi todo el invierno no salimos ni fuimos a ninguna parte. Rara vez venía alguien a vernos, y quien lo hacía no aportaba alegría ni regocijo a nuestra casa. Todos tenían el semblante triste, todos hablaban en voz baja, como si temieran despertar a alguien; no reían, suspiraban y a menudo rompían a llorar al mirarme, y aún más al mirar a la pequeña Sonia con su vestidito negro. En la casa parecía sentirse aún la muerte; la

tristeza y el horror de la muerte pendían en el aire. El cuarto de mamá estaba cerrado con llave, y cada vez que al irme a dormir pasaba por delante me estremecía, como si algo me tentara a mirar dentro de esa habitación fría y desolada.

En aquel entonces yo tenía diecisiete años, y mamá, el mismo año en que murió, había planeado que nos mudáramos a la ciudad para presentarme en sociedad. La pérdida de mi madre me produjo un profundo dolor, pero debo reconocer que este dolor me hacía sentir también joven y hermosa, como todo el mundo me decía, y que ya era el segundo invierno que desperdiciaba en la soledad del campo. Antes del fin del invierno la sensación de abatimiento por la soledad y por el simple tedio aumentó hasta el punto de que ya no salía de mi habitación, no abría el piano ni cogía ningún libro. Cuando Katia intentaba convencerme de que me mantuviera ocupada con esto o aquello, yo le respondía: «No tengo ganas, no puedo», pero había algo en mi alma que me decía: «¿Para qué? ¿Para qué hacer algo cuando estoy echando a perder mis mejores años de un modo tan inútil? ¿Para qué?». Y la única respuesta a este «para qué» eran las lágrimas.

Me decían que había perdido peso y belleza, pero ni siquiera esto me importaba. ¿Para qué? ¿Para quién? Me parecía que mi vida entera debía transcurrir así, en ese lugar perdido y solitario, sumida en un estado de impotente abatimiento del que yo sola no tenía fuerzas ni deseos siquiera de salir. Al terminar el invierno Katia empezó a temer por mí y decidió que me llevaría al extranjero a toda costa. Pero esto requería dinero y apenas sabíamos qué nos había quedado de nuestra madre, y esperábamos día tras día la llegada del tutor que tenía que venir a poner en orden nuestros asuntos.

El tutor llegó en marzo.

—¡Ah, gracias a Dios! —me dijo Katia un día que yo vagaba como una sombra de un lado a otro, sin hacer nada, sin pensar ni desear nada—. Ha llegado Serguéi Mijáilych, ha mandado preguntar por nosotras y quiere venir a la hora de comer. Tienes que espabilarte, Máshechka<sup>1</sup> mía —añadió—, ¿qué pensará de ti si no? Siempre os ha querido tanto a todos...

---

1. Masha, Máshechka: diminutivos de Maria. (*Todas las notas son del traductor*).

Serguéi Mijáilych era un vecino cercano, amigo de nuestro difunto padre, aunque mucho más joven que él. Además de que su llegada cambiaba nuestros planes y nos daba la oportunidad de abandonar la aldea, yo estaba acostumbrada a quererlo y respetarlo desde la infancia, y Katia, al aconsejarme que me espabilara, había adivinado que Serguéi Mijáilych era, de entre todos nuestros conocidos, ante quien más me habría dolido aparecer bajo una luz desfavorable. Además de que yo, como todos en casa —desde Katia y Sonia, que era su ahijada, hasta el último cochero—, lo queríamos por costumbre, él significaba para mí algo especial por unas palabras que mamá había pronunciado una vez en mi presencia: había dicho que deseaba para mí un marido como él. En aquel momento esto me había sorprendido e incluso desagradado; mi héroe era completamente distinto: delicado, enjuto, pálido y lánguido. En cambio, Serguéi Mijáilych, al que ya no se podía considerar joven, era alto, robusto y siempre me parecía alegre.